



El laicado dominicano bebe de la fuente de santo Domingo¹

Dominique Le Roux, O.P.

Introducción

Hombres y mujeres, casados o no, de edades diversas, de profesiones variadas, en el mundo entero, nosotros que hemos elegido pronunciar un compromiso como laicos en una Orden de predicadores, pidiendo, a semejanza de los frailes y de las hermanas, la «*misericordia de Dios y la de los demás*», ¿cuál es nuestro lugar y nuestra misión en la Orden y cómo participamos en la aventura de la Familia Dominicana?

¿Cómo seguimos las intuiciones de Domingo para conjugarlas a nuestra manera en función de lo que somos? ¿Cómo vivimos la «*espiritualidad*» dominicana adaptándola a nuestra condición de vida de laicos, a las limitaciones que le son propias pero también con todas las posibilidades que ofrecen nuestras vidas diversas en el corazón del mundo y de nuestra vida cotidiana?

Tenemos una manera que nos es propia de buscar a Cristo, con los «*colores dominicanos*», a la vez laicos y dominicos, bebiendo de la fuente de nuestro padre fundador. Y necesitamos volver a las fuentes porque el peso de los acontecimientos pero también el cansancio de la vida cotidiana nos impiden a veces reconocer el tesoro que poseemos. Cristo ha prometido a los que le entreguen su corazón que «*[brotarán] ríos de agua viva*» (Jn 7,38). Es así como Santo Domingo es para nosotros una fuente que nos da acceso al agua viva del Señor que él ha buscado incansablemente.

Por supuesto, es natural que nos hagamos preguntas sobre la evolución del cristianismo en una sociedad en plena transformación, sobre nuestro rol en la Iglesia, sobre nuestro lugar en la Orden: ¿no es paradójico ser laicos dentro de una Orden dedicada a la predicación? Pero lo que tengo que decir sería terriblemente aburrido si eligiese esta entrada en el tema que nos reúne hoy.

He encontrado muy inspirador el título dado a esta asamblea europea de las Fraternidades Laicales Dominicanas. Así que he comenzado, antes de nada, por preguntarme lo que era una fuente y he movilizado mis recuerdos de senderismo para evocar el ruido ligero de una fuente de montaña, la transparencia del agua que corre sobre el musgo... y comprender cómo estas realidades que nos maravillan evocan otras realidades menos visibles que nos llevan al dominio de lo espiritual. [...]

1. La fuente ofrece un agua siempre viva

El agua es imprescindible para la vida pero no en cualesquiera condiciones. Además hace falta que sea pura y fresca. El agua estancada no aporta más que enfermedades. La actualidad se encarga sin cesar de recordarnos el poder de muerte de las aguas devastadoras de los tsunamis, de las inundaciones que arrasan todo a su paso, del agua contaminada que envenena las tierras cultivables como recientemente en Hungría. Esto se corresponde con la imagen que tenían los Hebreos de un mundo acuático hostil que rodeaba una tierra pequeña y frágil como una cáscara de nuez, igual que hemos visto las islas japonesas, siempre a merced de un posible hundimiento. Pero existe otra realidad, positiva, esta vez, del agua: la del agua tranquila y pura de la fuente. ¿Cómo nos ayuda Santo Domingo a vivir de este agua beneficiosa? ¿Cómo nos volvemos capaces, por su ejemplo, de transmitir el agua viva?

Transmitir el agua viva de la Palabra

Todavía es muy infrecuente, por razones diversas, que los laicos dominicos sean encargados de la «*predicación*» en el sentido estricto del término. Sin embargo, algunos están implicados en el anuncio explícito del Evangelio: la catequesis, la pastoral de jóvenes, la escritura, la edición, el acompañamiento espiritual, y están, por esto, directamente llamados a anunciar la Palabra de Dios, lo que requiere por su parte del estudio y la formación apropiados.

¿Cómo decir el Evangelio?

Puesto que las necesidades son inmensas, existen iniciativas de cooperación entre las 3 ramas de la Orden para favorecer la formación teológica y espiritual de los laicos (Universidad dominicana on line DOMUNI por ejemplo), para desarrollar escuelas de predicación (como en Lille), para asociar laicos a iniciativas de testimonio y de asistencia espiritual originales y adaptadas a nuestra época (Fraternet).

Somos laicos y dominicos/as, y debemos nosotros también ser fieles al estudio cruzado de la Palabra y del mundo en el que vivimos, proporcionándonos los medios para comprender las tensiones, las evoluciones, los retos actuales. Hay que aceptar dejar las falsas certezas que no son más que costumbres adquiridas que necesitan evolucionar. Nuestro trabajo personal, y el que hacemos en nuestras fraternidades con los hermanos son para nosotros la forma de evitar el estancamiento, para salir de la estrechez de nuestros prejuicios, de nuestras falsas representaciones. Para decir a Dios con palabras nuevas a la diversidad de aquellos con los que nos encontramos, para acompañar a las nuevas generaciones como padres, abuelos, o educadores, estamos decididos a seguir la corriente permanentemente. La humanidad en marcha no deja de descubrir a Dios.

Convertirse en «predicador» a nuestra manera se define por la duración y el esfuerzo: es la aventura de toda una vida que supone crecer en la fe, con constancia, superando las crisis de duda o de rebeldía. Supone también la búsqueda del equilibrio entre todas las dimensiones de la vida cristiana, en el ir y venir entre la lectura de las Escrituras, la vida de fe, el trabajo en lo cotidiano, la vida sentimental y familiar y el compromiso solidario dentro de la vida del mundo. La adquisición de una competencia indispensable se hace a lo largo de un largo camino que nos conduce a profundizar en nuestra comprensión del mensaje cristiano.

Buscar la presencia de Dios

Pero, más ampliamente, esta pregunta plantea la del anuncio del Evangelio en todas sus formas. Sabemos bien que, por diversas razones, un anuncio explícito no es posible, ni siquiera admisible en cualquier sitio y en cualquier circunstancia. El anuncio del Evangelio supone la formación del espíritu y del corazón del que anuncia la palabra pero también la maduración del recorrido humano de aquel que recibe. Maurice Zundel en una de sus homilías dijo: «*Un obispo de la antigüedad, San Teófilo de Antioquía, recuerda la importancia capital de considerar al hombre antes de hablar de Dios... Imposible hablar de Dios, sin saber ante qué hombre estamos.*»

[...] Todo lo que hacemos, con muchos otros, para tratar de hacer el mundo más humano en todos los sectores de la sociedad, participa de esta educación que es el soporte necesario al anuncio del Evangelio. Podemos decir sin equivocarnos que esto es ya anuncio del Evangelio porque es compartir la vida con nuestros conciudadanos de la misma manera que Cristo vivió en medio de los hombres de su tiempo.

Por último, ¿cómo podríamos participar en la misión recibida de Santo Domingo de llevar el Evangelio bajo todas sus formas si no sabemos desarrollar en nosotros, a su imagen, una vida espiritual profunda capaz de empaparnos en lo cotidiano? Es fácil, sobre todo en algunos contextos, dejarse ganar por el activismo, la preocupación solamente por la rentabilidad, el pesimismo, el desánimo, la pereza... Fray Bruno Cadore, justo antes de su elección como Maestro de la Orden, en agosto de 2010, recordó a los laicos de la Provincia de Francia: «*Cuando deseamos ser 'buscadores de la verdad', no buscamos las buenas teorías sobre Dios, ni los libros más sabios. Buscamos más bien dejarnos despegar de estos 'acercamientos a la verdad' para que la inteligencia tanto como el corazón queden embargados por esta revelación de Cristo que viene a este mundo. La humildad del buscador de Dios está en apartarse ante esta verdad de Aquel que viene.*»

No apagar el Espíritu

Tenemos que plantearnos preguntas temibles: ¿qué transmitimos a través de nuestras palabras o de nuestros comportamientos? ¿el agua fresca del Evangelio o nuestras opiniones personales? ¿la Palabra de Dios o unas nociones de una teología obsoleta, incluso de una ideología? ¿el mensaje de Cristo o su imagen deformada hasta el punto de volverla inaceptable?

Más allá de los residuos acumulados tanto en nuestra vida como en la historia de la Orden y de la Iglesia, se trata de recuperar, en nuestras fraternidades y en cada uno de nosotros, el impulso original y la frescura de los hombres y las mujeres que han elegido seguir el ejemplo de Domingo y atreverse a la aventura de la oración como Catalina de Siena, Rosa de Lima, Pier Giorgio Frassati, Giorgio La Pira. Sumergirnos en lo más profundo de nosotros mismos para escuchar allí con constancia la llamada del Señor en lo cotidiano más humilde de nuestras vidas, es la única forma de dar a Dios todo su sitio. Es un trabajo incesante de búsqueda de la Presencia de Dios en el mundo al estilo de Domingo...

2. La fuente hace visible el agua que se ha concentrado lentamente en lo secreto de la tierra

El agua de manantial que brota de la roca hace visible la inmensa capa subterránea que lo ha preparado en el secreto de la tierra. Esta observación nos invita a reflexionar sobre nuestra relación con el tiempo[...] y nos conduce igualmente a meditar sobre la relación entre lo visible y lo invisible, lo dicho y lo no dicho y a plantearnos la cuestión del secreto de la renovación incesante del manantial.

Dar tiempo a la maduración

Cólera, rebeldía... son emociones que nos invaden a veces con justicia: es esencial y vital saber indignarse como nos lo recuerda el antiguo miembro de la resistencia Stéphane Hessel en su libro «*¡Indígnense!*»

Pero a veces no se trata más que de impaciencia: querríamos ser escuchados cuando pensamos que tenemos razón, ver el mundo cambiar rápidamente cuando su injusticia nos aterroriza, obtener los resultados de nuestros esfuerzos inmediatamente. Olvidando la ley de la naturaleza que hace que el grano que se transformará en árbol permanezca todo el invierno a cubierto bajo la tierra y que el niño permanezca escondido 9 meses en el vientre de su madre antes de venir al mundo.

Toda transformación del mundo supone una necesaria maduración previa en lo secreto. Como creyentes, sabemos que solo la oración permite a nuestra acción dar buenos frutos. Así es como actuaba Giorgio La Pira, laico dominico y alcalde de Florencia. Él, que había centrado toda su vida en Dios y en Cristo, había afirmado: «*La santidad moderna de nuestro siglo será también una santidad de laicos. Nos cruzamos por las calles a aquellos que, de aquí a cincuenta años, estarán quizás en los altares: en las calles, en las fábricas, en el Parlamento, en las salas de las Universidades*».

La vida de Santo Domingo y su inmensa misericordia respecto a los Albigenses con los cuales no deja de buscar el diálogo a pesar de las persecuciones, nos recuerda cuánta paciencia debemos tener con los demás, saber escucharles y aprender de ellos antes de hablarles, aceptar que su camino y su evolución lleve tiempo y no sea el que nosotros habíamos imaginado. ¡Exactamente como Dios se toma su tiempo para cada uno de nosotros! Nosotros estamos en perpetuo aprendizaje, como me lo recordaba un anciano cura que continúa incansablemente planteándose preguntas y buscando respuestas sobre el mundo y sobre Dios.

Percibir lo invisible detrás de lo visible

La fuente no es más que la manifestación a la vista de todos de la capa de aguas freáticas que la ha preparado. Así nos recuerda que lo invisible está siempre presente detrás de lo visible de la misma forma que el iceberg es infinitamente más grande en profundidad que en la superficie del mar. Solamente nos faltan con frecuencia los medios necesarios para percibirlo o experimentarlo.

Esta observación nos conduce a ver más lejos y más profundo que lo que es inmediatamente observable. El largo aprendizaje de Domingo como canónigo de Osma le ha enseñado a saber estar a la escucha de lo invisible: la presencia discreta de Dios que habla a los corazones en el silencio, lo no dicho en la vida cotidiana, dolores secretos, pobrezas escondidas, amor que no se dice. No se limita a una percepción inmediata frecuentemente falseada por las cosas y las personas, tal y como Jesús cuando localiza a Zaqueo escondido en su árbol con la esperanza de divisarle. Esto nos invita a reflexionar sobre la visibilidad de nuestra presencia como cristianos en el mundo y en la Iglesia.

Nuestra presencia como cristianos en el mundo

Existen controversias en la Iglesia: ¿Los cristianos deben permanecer «en la sombra» dentro de una sociedad indiferente, incluso hostil? ¿O preferir hacerse visibles de manera «desacomplejada»? ¿Qué pensar de todo esto? ¿Cuáles son las motivaciones de una u otra actitud: sabiduría o cobardía? ¿Valentía o ingenuidad unida a la suficiencia? ¿No tenemos todos papeles diferentes o más bien tiempos de visibilidad y tiempos de discreción según los contextos y las circunstancias?

La vida de Santo Domingo nos ayuda a superar esta aparente contradicción: no hay duda que él era un hombre carismático, capaz de lograr la adhesión de muchos por su fuerza de convicción y su encanto. Y sin embargo, actúa al revés que las misiones conducidas por los cistercienses antes de él en la zona cátara. Aquellos no han visto en los cátaros más que desviados peligrosos para la cohesión de la Iglesia; han conducido esta misión con toda la pompa que les parecía necesaria para afirmar su autoridad. Pero el obispo Diego y Domingo han elegido otra vía. Han sabido comprender la búsqueda del ideal evangélico de sus adversarios, escuchar las justas críticas que ellos hacían de los hombres de Iglesia, saber recibir de ellos una lección de autenticidad. Así que se han hecho cercanos a ellos por la misma vía de pobreza suya, mendicando su pan y recorriendo la región a pie.

En una época y un continente dominados por la tecnocracia, la despersonalización de los lugares y de los servicios hasta dentro de la Iglesia, ¿tenemos que recordar allí donde estamos la inmensa superioridad de la fraternidad, del rostro y de las manos humanas sobre los métodos y los procedimientos? Una comida compartida, libros intercambiados, palabras sencillas y verdaderas...: una presencia discreta de cada uno pero de la que solo Dios conoce su eficacia y su capacidad de hacer bola de nieve. «*Hacernos transparentes para no ser opacos a la luz de Cristo*» escribió Maurice Zundel.

Nuestro lugar en la Iglesia

Como laicos, es decir hijos del pueblo, sabemos lo que es ser invisibles en la Iglesia local, sobre todo las mujeres, a pesar de todo lo que hacen. Necesitamos, de manera legítima, ser reconocidos/as por lo que aportamos, nuestra experiencia humana, nuestras habilidades imprescindibles. Necesitamos ser escuchados acerca de nuestras expectativas y nuestras propuestas: si se negase a ello, la Iglesia se convertiría en el siervo negligente que entierra sus talentos en el suelo. [...]

La Orden dominicana tiene una experiencia de 800 años de un modelo de vida democrático, de escucha, de diálogo, de toma de decisiones colectiva y de compartir responsabilidades.[...] Solamente desde el Concilio Vaticano II los laicos se benefician del fruto de semejante aprendizaje y aprenden a gestionar sus fraternidades, a superar las inevitables tensiones humanas. [...]

Colectivamente, necesitamos dar a conocer al exterior lo que somos, las propuestas de nuestras fraternidades para cristianos en búsqueda de un camino hacia Dios (a través de conferencias, sitios web, blogs y todos los medios a nuestra disposición...). Y sin embargo, es también importante para nosotros mantener una cierta discreción, respetar el secreto de nuestras acciones individuales so pena de convertirnos en el fariseo de la parábola (Lc 18,10-14)

No buscar nunca el primer puesto

El agua viva no pertenece a nadie y no puede mantenerse cautiva, como dice la canción de Guy Béart. Domingo ha sabido dejar la fuente libre para brotar vigilando para no ocupar nunca todo el sitio. Ha dado responsabilidades a los nuevos priores; se ha arriesgado a dejar a los más jóvenes tomar la palabra. Motor de la Orden, ha querido comportarse como un fraile entre frailes y hermanas sin renunciar nunca a su autoridad; ha tenido la audacia de enviar a los frailes de dos en dos a recorrer toda Europa; llegado el momento, ha sabido pasar el mando a otros.

Él era predicador, y, paradójicamente, no nos queda ningún escrito suyo aparte de algunos documentos administrativos. Ningún escrito, solo el testimonio de aquellos que le han conocido y esto es en sí mismo una enseñanza: por estos testigos, aprendemos la conformidad de su vida al evangelio, su vinculación a Cristo, su bondad y su compasión, su belleza sonriente, su equilibrio y su sentido de la fraternidad.

Dominique Le Roux, es laica dominica, miembro de la Fraternidad Santo Domingo, de París (Francia).

1.- Extracto de: Dominique Le Roux, *El laicado dominicano bebe de la fuente de Santo Domingo. Volver nuestras vidas a las fuentes junto a Santo Domingo*. Conferencia pronunciada en la Asamblea Europea de Fraternidades Laicales Dominicanas en Caleruega, 2011.